PRESENCIA CATOLICA EN CRISIS

Cardenal Michele Pellegrino

*Desde 1982 el cardenal **Michele Pellegrino** vivía entre los pobres y enfermos del "Cottolengo" de **Turín**. Durante doce años arzobispo de **Turín** había realizado con su vida y su acción pastoral "la opción preferencial por los pobres", en una ciudad con más de 500.000 emigrados del sur. Fue llamado el "cardenal de los obreros". Amigo de **Helder Cámara**, unía a su estilo y opción pastoral un profundo conocimiento de los orígenes de la Iglesia y de los Santos Padres, fue uno de los profetas del Vaticano II. Quedará famosa su "parresia", que algunos confundían con "ingenuidad": "Yo quiero reconocer a los profetas mientras todavía viven y no después de 20 años de su muerte". En una de sus últimas entrevistas afirmaba: "Por desgracia, la parresia, el coraje de decir siempre la verdad, es una virtud demasiado rara en la Iglesia de hoy". **Michele Pellegrino** moría después de una larga enfermedad a las siete de la mañana del pasado día 10 de octubre rodeado por sus pobres del Cottolengo.*

Desde nuestra Iglesia venezolana, tan necesitada de la valentía del profeta-cardenal para decir la verdad y para comprometerse con los pobres, queremos rendir homenaje a este pastor que supo ir por delante de su rebaño, es decir servirlo, como Jesús, desde abajo. Por eso publicamos un texto de 1981 (en los últimos años, postrado por la enfermedad, no pudo hablar ni escribir) que significativamente no fue publicado porque el cardenal no aceptó atenuar algunos pasajes considerados demasiado críticos por los responsables de editarlo (N. de la R.).

ASPECTOS DE UNA PRESENCIA CATOLICA EN CRISIS

UNA NUEVA VISION DE LA IGLESIA PARTICULAR

Quisiera examinar la situación de la iglesia actual desde el punto de vista pastoral, fijándome sobre todo en la jerarquía. No es que ignore el significado del laicado en la iglesia, pero si me fijo sobre todo en la jerarquía, episcopado y sacerdotes en cuanto colaboradores directos de los Obispos, es tanto porque la jerarquía ejerce evidentemente en toda la acción de la iglesia un influjo particularmente acentuado y de responsabilidad, como también porque (debo confesarlo) conozco mejor este mundo, el mundo de la jerarquía y del clero.

Es claro que en este examen me doy cuenta de mis límites y estoy dispuesto a revisar eventuales impresiones y juicios que no se consideren objetivos; agradecería todas las críticas que se me hagan al respecto.

No olvido lo que he leído esta mañana en Laudes, Romanos 12.16: "Anden de acuerdo unos con otros; no piensen en grandezas, que los atraiga lo humilde; no muestren suficiencia". No olvido la antífona de las preces: "Haznos perfectos en la caridad"; sino que deseo unir estos llamamientos con una palabra de Pablo: "Obren la verdad en la caridad"; y otra de Juan en su segunda carta: "En caridad y verdad". Quisiera proceder con este espíritu: respeto a la verdad y sentido de la caridad, de fraterna solidaridad, bien convencido de que los rasgos de carácter negativo o limitado no afectan sólo a otros sino que me afectan también y quizás mucho más a mí.

Comencemos por señalar algunos aspectos positivos antes de hablar de los elementos críticos. Al hablar de la jerarquía italiana actual, debo reconocer un espíritu sincero de fe en la ortodoxia perfecta, una fe que anima la vida de oración, una fe que anima una sincera inspiración pastoral y, en no pocos casos, un espíritu y una práctica de pobreza verdaderamente edificantes.

He hablado de un empeño pastoral puesto en acción con sentido de dinamismo y sacrificio; y quisiera insistir sobre todo en un punto que marca un progreso en el postconcilio: una nueva visión conciliar de las iglesias particulares, que no está en mi opinión tan difundida y enraizada como debería, pero que ha avanzado notablemente. Esto lo vemos a nivel de iniciativas diversas, de sínodos, conferencias, organismos diocesanos de programación, consultas, ejecuciones; vemos un cierto ejercicio de la colegialidad a nivel regional y nacional; vemos un sentido de solidaridad a menudo edificante, conmovedor. Cuando el lunes por la mañana estuve en Bari, oí decir que al día siguiente partía un camión con ayuda para las zonas afectadas por el terremoto; el mismo día el arzobispo había hecho llegar a todas las parroquias un llamado a la solidaridad hacia las víctimas.

LIMITE DEL PRAGMATISMO Y CARENCIA CULTURAL

Pasemos ahora a ciertos aspectos que creo señalan límites, aunque no se deban llamar propiamente aspectos negativos. Si insisto en ellos es porque estamos hablando de crisis, y porque son éstos los temas que nos llevan a un examen de conciencia y sugieren exigencias y proyectos de reforma.

He renunciado a todo tipo de investigación estadística, porque creo que es muy difícil hacerla en este campo. Hablaré por tanto de tendencias tal como yo las veo en mis contactos cotidianos, particularmente amplios y frecuentes en estos tres años en que, libre de la responsabilidad de una diócesis particular, continúo dando vueltas por Italia; encuentros con centenares de sacerdotes y decenas de obispos en los que trato de captar la situación.

Una primera tendencia, un primer límite que me parece debo señalar es la tendencia a un pragmatismo no provisto de adecuada base cultural. Espero entrar aquí en el tema de este encuentro particularmente atento a los aspectos culturales.

Es un pragmatismo que a menudo se convierte en dinamismo casi frenético sin una adecuada base cultural; y esto

por motivos que es fácil explicar. Gran parte del episcopado ha adquirido una cultura teológica con instrumentos y métodos que ciertamente no favorecen una pastoral actualizada y adecuada a las exigencias del presente: un método típicamente deductivo, un método que de los principios salta a las conclusiones prácticas sin una adecuada mediación cultural.

Creo que el clero italiano, incluídos los obispos, no ha estado en condiciones de llevar a cabo aquel programa que el cardenal Cè presentaba con insistencia en la inauguración del año académico en Santa Justina de Padua en 1979: "Pensar la fe".

Como decía, esto es debido a los instrumentos que hemos utilizado en nuestra formación. He leído recientemente en un bello libro, **La teología italiana hoy**, un estudio de Don Giuseppe Colombo sobre los manuales teológicos con los que nos hemos formado, donde recoge un juicio de Jacques Maritain. Habla de Tanquerey, el cual podríamos decir que ha nutrido mis cuatro años de teología así como los de varias generaciones de sacerdotes; y lo define como un "piadoso ultraje a la inteligencia". Y Don Colombo no estaba seguro de que aquél fuera el peor de los manuales.

Entonces ¿por qué nos maravillamos si la formación cultural de una buena parte de nuestro clero deja tanto que desear?

De ahí una cierta costumbre de aferrarse a los principios supremos para pasar inmediatamente a la solución de problemas concretos ligados a situaciones culturales bien definidas. Me he servido para la preparación de esta charla de un interesante informe aparecido en 1977 en la revista belga **Pro mundi vita**, elaborado por el jesuita P. Piero Castelli, donde señala precisamente en la cultura del clero actual diversas formas de dogmatismo e integrismo. Pongo un ejemplo que me parece característico: en una conferencia episcopal regional se discutía en 1974 la cuestión del referendum sobre el divorcio; algunos estaban totalmente a favor de la campaña por el sí, otros se permitían hacer ciertas reservas. Un obispo dijo: "¿Para qué discutimos? ¡El Evangelio está muy claro! ¡lo que Dios unió no lo separe el hombre!". Qué envidia me da quien saca del Evangelio conclusiones tan seguras para resolver cuestiones cotidianas. Recuerdo con claridad la admiración de un obispo francés en aquella circunstancia por el comportamiento del episcopado italiano; así como por el comportamiento de algún teólogo no italiano de renombre.

Bastó en otra ocasión que la Asociación Católica de Trabajadores Italianos (ACLI) usara la palabra "socialista" para alarmar a la jerarquía sin que ésta se preguntara qué había debajo de este término. Que después la ACLI haya tenido la responsabilidad de no explicarse suficientemente es otro problema.

Aquí se ve la falta de una adecuada base cultural. Siguiendo con el informe de **Pro mundi vita** muchos organismos diocesanos han entrado rápidamente en crisis por falta de una profundización adecuada en lo cultural; porque habían comenzado con un programa extremadamente práctico, organizativo, pero sin poder apoyarse en bases culturales que asegurasen su continuidad y diría que su legitimidad.

De ahí la fácil condescendencia con expresiones doctrinales y devociones más que discutibles. Permítanme contar un caso que me impresionó. Hace algunos años salió un libro para sacerdotes destinado a promover la devoción mariana. Un libro que llevaba la aprobación de decenas de obispos, incluso la de un obispo que entonces se llamaba sustituto a la Secretaría de Estado. Un libro en el que, entre otras cosas, encontramos esta perla: "Una de las causas de la ruina de la iglesia actual es la ciencia matemática"; palabras puestas en boca de Nuestra Señora; libro que ha sido traducido a muchas lenguas, que ha tenido una difusión enorme. Y quien como yo se ha permitido hacer alguna crítica ha sido severamente refutado.

Para mí son fenómenos que no pueden ser pasados por alto.

Esta carencia de base cultural hace que no se tenga en cuenta suficientemente aquel número 11 del decreto sobre ecumenismo propuesto por un obispo italiano (digamos que por los obispos italianos) sobre la jerarquización de las verdades. Todo se pone al mismo nivel en lo doctrinal.

¡Como cuando se oye a algún obispo muy cualificado decir que las conclusiones teológicas obligan a una adhesión igual a la de los dogmas definidos!

Pensemos por ejemplo, en el campo de la liturgia, en la falta de atención a la jerarquización no diría de las verdades sino de los valores, admitiendo que estén en juego valores, cuando se dice autorizadamente que las guitarras están bien en las tascas pero no en las iglesias, o cuando se discute sobre si dar la comunión en la mano o en la lengua.

Y sin embargo es esto lo que ocurre. Lo que cuenta para muchos en la liturgia es el libro; por eso cardenales y obispos pueden comenzar la misa del mismo modo en un funeral o en un matrimonio porque lo dice el libro (aunque en el libro hay también otras muchas cosas...).

Estas pueden parecer cosas pequeñas. Pero no creo que sean cosas sin importancia cuando esta falta de atención a la jerarquización de valores, debida en mi opinión a carencias culturales de fondo, lleva por ejemplo a suspender a un sacerdote porque ha tomado cierta actitud con ocasión del referendum mientras —hablo con mucha claridad— no me consta que haya habido no digo suspensión, no deseo esto, sino ni siquiera el mínimo reclamo cuando un religioso en víspera de las elecciones administrativas de este año hace una campaña vergonzosa a favor de cierto partido.

Siguiendo con la liturgia ¿no hay desatención a exigencias de fondo cuando en el postconcilio se erigen edificios sacros donde las normas litúrgicas son ignoradas, por no decir pisoteadas, y donde no tendría el valor de llevar a un amigo protestante, porque él vería allí una expresión de mariolatría que conculca el misterio pascual? Todas estas cosas dan qué pensar.

Hay otra carencia —quizás sea demasiado decir plaga— que es la falta de unidad, no digo de uniformidad que ciertamente no es deseable, en ciertas directrices pastorales bastante importantes. Me desagrada volver sobre el tema pero por ejemplo se dan fuertes oscilaciones tanto diacrónicas como sincrónicas; diacrónicas cuando después de haber seguido por algunos años una cierta línea de no intervención en cierto momento se vuelve a intervenir; oscilaciones sincrónicas cuando se dan posiciones muy diversas entre unos y otros obispos.

No puedo menos de pensar en lo que ha sido el problema de la ACLI en Italia (no se cuándo se escribirá su historia); creo que debemos aprender mucho de actitudes en las que ha faltado una línea de acción basada en la consideración de principios y realidades concretas. Muchas veces se dice obedecer a directrices superiores, que no se sabe bien cuáles son ni de dónde vienen.

Varios sacerdotes, especialmente religiosos, me han señalado también recientemente una falta que no debo callar: la preocupación dominante de algunos jerarcas por salvar la cara (uso el término brutal). Se necesita mostrar que existen todos los organismos consultivos diocesanos, todas las oficinas y comisiones. Que luego sean eficientes importa poco. Hay que salvar la cara.

LAS CAUSAS DE ESTA SITUACION

Quisiera echar un vistazo a las que en mi opinión pueden ser las causas de esta situación. Creo que algunos fenómenos sobre los que he llamado la atención tienen ya ellos mismos el significado de causa; pero quizás se puede hacer alguna consideración ulterior.

Ante todo pensaría en la formación recibida en los seminarios. Una carencia de los seminarios preconciliares ha

sido ciertamente la de prestar poca atención a los valores humanos, una educación de la fe entendida en un sentido restrictivo, una escasa atención a la autonomía de las realidades terrenas, por no decir una total ignorancia de este principio que el concilio afirmaría después con tanta fuerza.

Y si pasamos al período postconciliar creo, y debemos decirlo sin excesivo pesimismo, que no pocos han prestado muy poca atención al concilio; en el sentido de que el concilio no se ha tomado en cuenta, no se ha buscado estudiar sus textos; y además hay que preguntarse si el concilio ha sido realmente aceptado por todos y si no hay (no discuto la buena fe) una cierta resistencia para aceptar ciertas de sus doctrinas e indicaciones prácticas que no son tan secundarias.

Por ejemplo hace algunos años en el Consejo Permanente de la Conferencia Episcopal Italiana (CEI) había quien criticaba fuertemente los catecismos que la CEI estaba preparando, y deseaba la vuelta al catecismo de Pío X. Un hermano nuestro intervino simplemente con esta pregunta: "Y entonces, ¿querrías que volviéramos a la definición de Iglesia que da el catecismo de Pío X?". Este hermano era el Cardenal Patriarca Albino Luciani.

Me preocupa que diez años después del concilio no se tenga en cuenta la nueva eclesiología y se quiera regresar a formulaciones evidentemente superadas.

Y aquí estoy totalmente de acuerdo con el amigo Lazzati que en **La Revista del Clero Italiano** de setiembre de este año ha hablado de modo todavía más claro sobre la ignorancia (creo que es el término que se debe usar para no utilizar uno más fuerte) de la doctrina conciliar acerca del laicado.

Con cuánta insistencia he oído repetir todavía hace poco incluso a obispos que comulgan totalmente con las ideas del concilio, que los laicos son en el mejor de los casos ejecutores o si queremos auxiliares. Es todavía la antigua definición que quizás se podría explicar favorablemente, pero que en cualquier caso no puede ya constituir la base de un compromiso laical: colaboración con el apostolado jerárquico, una simple actividad auxiliar; como si el fundamento del compromiso misional del laico, que comparte con toda la iglesia, estuviese en el sacramento del orden y no en el del bautismo.

¿Causas de esta situación? Creo que una causa que hay que tener muy presente es la de un cierto aislamiento por parte de no pocos obispos; lo digo con pena pero no hago más que hacerme eco de lo que oigo a muchos sacerdotes que veo con mucha frecuencia: aislamiento.

Aislamiento frente a los sacerdotes que no sienten al obispo tan cercano como querrían; aislamiento todavía más grave frente a los laicos, que si llegan alguna vez al obispo lo hacen a través de los sacerdotes como intermediarios; no se por qué no tendrán el derecho y la necesidad de acercarse también directamente.

Hay una tendencia que se explica pero que no se puede justificar del todo. Cuando se contacta a alguien se privilegia a los que no molestan. ¿Por qué? Porque nunca harán una crítica, porque como los cuatro animales del apocalipsis dirán siempre "amén".

Este aislamiento tiene un efecto que oía denunciar precisamente en las últimas semanas, con mucha pena, a sacerdotes y laicos. Me hablan de ciertas situaciones muy frecuentes en las que la jerarquía simplemente es ignorada por los laicos, y no sólo por los laicos que no se interesan en la vida eclesial sino también por laicos comprometidos que están persuadidos de que si quieren hacer algo lo tienen que hacer por su cuenta; lo que es peor que la contestación que conocimos en el 68 y en los años siguientes.

Gracias a Dios hay ejemplos de lo contrario. Ya he dicho que me detengo sobre todo en las críticas, pero hay ejemplos de contactos del obispo con los sacredotes y con el pueblo verdaderamente bellos. Para mí es una fiesta cuando a veces me encuentro con obispos que están en contacto diario con el clero, con una cordialidad que produce verdadera alegría a los mismos sacerdotes; son cosas que suceden y que podrían suceder con mayor frecuencia.

A este respecto permanecen todavía ciertos detalles en las relaciones del obispo con su clero que son difíciles de explicar; por ejemplo, cuando se continúa privilegiando a algunos del clero con honores de diverso género que hoy los sacerdotes jóvenes acogen con hilaridad, mientras otros deploran como residuo de formas totalmente anacrónicas.

Creo que contribuye a este aislamiento el temor a las críticas aun cuando sean ponderadas y constructivas.

Para mí es un típico ejemplo de aislamiento el hecho de que no se publiquen los balances parroquiales y diocesanos. ¿Qué derecho tiene el obispo a encerrarse con sus colaboradores inmediatos en la caja fuerte donde están los tesoros, por lo general muy reducidos, de la diócesis sin dar cuenta a la iglesia diocesana hasta del último céntimo de lo que entra y lo que sale?

EL EXTRAÑO MIEDO

Hay una causa de malestar sobre la que debo insistir porque siento sus ecos muy frecuentemente en contactos con sacerdotes y aun con laicos: el miedo. Muchas veces los obispos se dejan dominar por el miedo; tienen miedo de los laicos. Creo que nadie repetiría hoy lo que decía el obispo de la diócesis donde nací, Fossano. Su máxima era: "Cuando los laicos entran en la sacristía tumban los candelabros". Pero hay todavía sacerdotes y obispos que tienen miedo de otros sacerdotes, por ejemplo de los teólogos; algunas veces he tenido que defender a los teólogos en las asambleas de la Conferencia Episcopal Italiana. Tienen miedo de los sacerdotes obreros, tienen miedo de todo lo que (uso la palabra que he oído en altas esferas) es "izquierdoso"; esto es lo que les da miedo.

Pero es extraño que ninguno muestre preocupación por el fortalecimiento de la derecha, especialmente entre la juventud, lo que me parece un fenómeno nada indiferente; en cambio todo lo que es izquierdoso, todo lo que es rojo, es motivo de miedo.

Me decía un sacerdote siciliano: "el automóvil tiene dos frenos pero un solo acelerador; entonces los obispos tienen la tentación de usar sólo los frenos y poco el acelerador"; una tentación a la que muchos ciertamente resisten, pero quizás no todos.

Miedo a lo nuevo en general. Debería volver sobre lo que he dicho al principio: carencias culturales. He hablado con muchos y creo que la cosa está clara: ¿qué quiere decir este recurso a la tradición por parte de Lefebvre y sus seguidores, que después de todo no son un grupo tan desaparecido? Significa concebir la tradición como la doctrina que uno ha aprendido en el seminario en su tiempo, como la liturgia y la pastoral con las que ha crecido; esto supone una preocupante falta de sentido histórico.

Ya lo decía Juan XXIII en el discurso de introducción al Concilio. Creo que un mayor sentido histórico disminuiría mucho el miedo a lo que se considera nuevo, que quizás después de todo no es tan nuevo.

En resumen, déjenme que hable con claridad, no veo otra razón para que se continúe con este hecho juzgado como verdaderamente incomprensible por algunos rectores y profesores de universidades católicas extranjeras que dicen: "¿Pero cómo es posible una universidad católica sin facultad de teología, un cuerpo sin cabeza?". No encuentro otro motivo sino el miedo. Si hay otro que me lo digan.

Miedo a los órganos impresos, miedo a **Il Regno**, miedo incluso a un órgano tan útil, sencillo y leal como **Settimana** que sin embargo es para algunos un serio motivo de preocupación.

Una vez leí unas palabras de Santa Catalina de Siena a

Urbano VI: "Tienes miedo a tu propia sombra". Así ocurre algunas veces en la Iglesia.

DISTINCION CLARA DE FUNCIONES

Otra causa, a mi parecer, es ésta: la falta de claridad en la concepción de las funciones respectivas en la iglesia; resultado quizás también de teorías bastantes difundidas, fruto de la superficialidad y la ignorancia, por las que se cree poder negar apoyándose en el concilio cualquier distinción entre jerarquía y laicado. Como reacción explicable permanece una mentalidad clerical de la que participan también muchos laicos, quienes no esperan otra cosa que el signo de la jerarquía para mover, como decía el Faraón de José, el dedo de un pie o de una mano.

Falta una clara concepción de las funciones. ¿Quién pone en duda que como dice el Concilio los obispos deben ser maestros en la fe, guías de la pastoral, señal y centro de unidad en la iglesia local? Pero esto no significa que tengan la exclusiva no digo en el anuncio de la fe sino en las interpretaciones teológicas, en la elaboración e imposición de programas definidos aun en cosas concretas. En mi opinión falta quizás en el episcopado actual aquella distinción —que me parece en cambio familiar a los pastores de los primeros siglos— entre la exhortación y el mandato; entre la exhortación fundada en consideraciones de oportunidad pastoral y el mandato fundado o que se cree fundado sobre principios irrenunciables.

Ya han pasado varios años pero creo que es bueno recordar algunas lecciones de la historia; es típico el artículo "Puntos Firmes" de **L'Osservatore Romano**, donde se demostraba apoyándose en consideraciones filosóficas y teológicas que los católicos nunca jamás podrían colaborar con los socialistas. Bastaron pocos meses para que toda esta filosofía y teología cayera por el suelo. En aquella misma ocasión el entonces Arzobispo de Milán, Mons. Montini, había dicho en la Revista Diocesana a sus sacerdotes más o menos lo siguiente: les exhorto a abstenerse por el momento del compromiso a favor o en contra del centro-izquierda; si cambian las circunstancias, vendrán directrices oportunas.

Decía falta de distinción de funciones. He leído en el número del 20 de septiembre de **La Civiltà Cattolica** la explicación que se ha dado a la definición de la jerarquía como "fuerza social", en el discurso de Juan Pablo II a los obispos brasileños en Fortaleza. Muy bien si se entiende con esto que la jerarquía debe promover una pastoral social actualizada con medios espirituales propios, con preocupación consciente por el hombre concreto en toda su realidad, excluyendo la pretensión de asumir como función propia las actividades políticas. Pero si se atribuyese a esta expresión un sentido mucho más estricto se podría caer en un integrismo que no puede menos de causar preocupación.

En cambio me parece que estamos todavía muy lejos de las exhortaciones del concilio a la jerarquía y al clero para que ayuden a los laicos a formarse una conciencia auténticamente cristiana frente a todos los compromisos sociales y políticos.

ELECCION DE OBISPOS Y CIRCULARES DE ROMA

Otra causa de la crisis son en mi opinión (y aquí sobre todo someto mis ideas al juicio de quien me escucha) los criterios que inspiran la elección de los obispos. Tengo la impresión de que esta elección es hecha en gran parte por diplomáticos con criterios diplomáticos que no sé hasta qué punto se pueden llamar pastorales. Por ejemplo el buscar un puestito a un nuncio fracasado o a alguna otra persona confiándole una diócesis. Son cosas que he dicho a quien debía decírselas a su tiempo; por eso no tengo dificultad en repetirlas ahora.

Otras veces hacen la elección hombres de Curia a quienes falta experiencia y sensibilidad pastoral.

El criterio que he visto seguir con mucho cuidado en estos últimos tiempos es el de cautela respecto a los izquierdosos; y si se escapa alguno hay que ponerle alrededor un cordón sanitario.

Y entonces sucede lo que sucede. Luego, y esto es muy grave, algunos obispos incluso recentísimamente han sido elegidos sin consultar a la conferencia episcopal regional ni a su presidente.

Son hechos. No creo haber hablado mal de los obispos italianos a los que estimo y quiero, y quienes me han edificado mucho. Son muchos los obispos abiertos, esclarecidos, a los que no me atrevería a hacer ninguna crítica. Creo además haber captado que algunos encuentran dificultades en los sacerdotes y en los laicos. Estoy muy interesado por ejemplo en saber qué acogida ha tenido y tendrá aquella magnífica primera carta de Mons. Martini que invita a la contemplación antes de la acción y siempre como alimento de la acción.

La última dificultad, y creo poder concluir diciendo las cosas tal como las veo, son las circulares de Roma. Hace diez años era una realidad clarísima de la que he tenido experiencia propia; circulares de Roma que, sin la mínima discusión o examen, se traducen en directrices o en vetos por parte del episcopado. Y me dicen que todavía hoy esto no ha terminado. Hoy, por ejemplo, hay obispos que reciben juicios sobre ciertos libros que se publican en sus diócesis sin que se llame a los autores, en los que se les pide tomar cartas en el asunto. Y me temo que demasiadas veces las circulares terminan por justificar decisiones que, si es caso, deberían justificarse de otro modo.

Me pregunto entonces hasta qué punto se realiza el principio propuesto clara y fuertemente por Juan Pablo II cuando hablaba a la asamblea de la CEI en mayo de este año: "La Conferencia Episcopal debe proceder de forma cada vez más orgánica y segura al asumir sus propias responsabilidades para la valoración de todas las fuerzas presentes en la comunidad eclesial italiana; de toda la nación en la que la Conferencia misma debe existir y trabajar, ser y obrar". Me permito añadir que lo que se dice sobre las Conferencias vale también para cada obispo. Las Conferencias Episcopales no están destinadas a sustituir la responsabilidad de los obispos particulares, responsabilidad que tienen un fundamento sin duda más sólido que las facultades de las Conferencias Episcopales. Estas últimas deben ser una ayuda sin que nadie se sienta dispensado de afrontar sus responsabilidades personales.

Pido excusas si mi lenguaje, y quizás también las cosas que he dicho, han parecido demasiado duras. He dicho lo que pensaba, y como dije al principio me alegraría mucho si me ayudan con sus críticas, aun las más duras, a modificar juicios que he expresado no sin dolor. (Traducido de "Il Reguo", No. 530, del 1/6/85).